

¿QUE HAREMOS CON DIOS EN EL SIGLO XXI?

Pedro Trigo, sj

I. UNA PREGUNTA DECISIVA

La pregunta de buenas a primeras suena paradójica, incluso pretenciosa, blasfema. En efecto, sería pensar muy toscamente de Dios representárnoslo a merced de nuestras acciones, incluso de nuestros pensamientos. Dios no está a nuestro alcance. ¿Qué vamos a poder hacer con él? El es el que nos ha creado y nos sostiene, o mejor, el que nos crea incesantemente. Si nosotros no nos fundamos en nosotros mismos, si la existencia humana es desfondada, si la funda Dios, que está “más adentro que lo íntimo mío”, es decir, que nos trasciende desde la inmanencia ¿cómo vamos a llegar a Dios? ¿Qué sentido puede tener, entonces, la pregunta por lo que decidiremos hacer con él? Decidir qué hacer con Dios, ¿no es una pretensión absolutamente ridícula? ¿Es posible, por ejemplo, esconderse de Dios, como pretendieron ya Adán y Eva (Gn 3,8-10). ¿Es posible huir de Dios, como intentó el profeta Jonás? (Jon 1,1-3.10;3,1-3). “¿A dónde iré lejos de tu aliento/ a dónde escaparé de tu mirada? (...) Tú has creado mis entrañas/ me has tejido en el seno materno” (Sal 139, 7.13; cf Sal 14,58, 73,94). Y en el otro extremo ¿es posible hacerle algún favor a Dios? Eso pretendió David cuando quiso construirle un templo, y se le respondió que Dios es el único que construye todo, que él es el que favoreció sus empresas y el que le edificaría una dinastía (2 Sam 7,1-11; Sal 127). Dios no necesita nada: “Si tuviera hambre, no te lo diría/ pues el orbe y lo que encierra es mío” (Sal 50,12; Jr 7,21-23).

La pregunta sobre qué haremos con Dios, si se la entiende como una pretensión humana, no sólo carece de sentido sino que es positivamente necia,

ya que se basa en el desconocimiento del ser humano y de sus posibilidades, y de Dios y su trascendencia respecto de su creación. Sin embargo, desde otro punto de vista, la pregunta no sólo es pertinente sino absolutamente ineludible y decisiva. En efecto, si es verdad que no podemos llegar a él, porque está fuera de nuestras posibilidades, en las suyas sí está llegar hasta nosotros. Es decir, revelarse.

En rigor la persona propiamente dicha, también la persona humana, es inaccesible: la interioridad humana puede dar indicios de sí, pero a ella sólo se accede, si ella misma se abre y permite el acceso. E incluso abierta, no se entra así nomás, automáticamente; requiere un proceso personal en la persona que entra y nunca es posible entrar hasta adentro del todo. Si esto sucede porque toda persona, en cuanto tal, es trascendente, tratándose de Dios la trascendencia es infinita. Pero así como la persona humana puede abrirse, así también lo puede hacer Dios que, para que lo percibamos, nos hace capaces de sí.

Este es el significado mas hondo de que él nos haya creado “a su imagen y semejanza”. El ser humano, la comunidad humana, simbolizada en la pareja (“varón y mujer”) no fue creada como los demás animales (“según su especie”) (Gn 1,26-27). Aunque como ellos es un ser natural (todos sus elementos pertenecen a la naturaleza), sin embargo no se define por esos elementos ni por la estructura que los configura; es decir, no está encerrado en esta realidad mundana, sino que, siendo completamente natural, está referido a Dios, está abierto a él. Hablando simbólicamente, él se realiza escuchando el silencio de Dios o su Palabra, si él se digna hablar.¹

Si Dios ha creado al ser humano capaz de sí, eso significa que a él le toca responder. El no puede iniciar el diálogo. Sólo Dios puede salvar esa distancia infinita; pero al ser humano le toca responder. Pero es el significado más radical de la palabra *responsable* como definitoria del ser humano: el ser humano puede responder a Dios porque ha sido habilitado por Dios para ello. Insistimos en que todos los elementos del ser humano son “naturales”. Los seres humanos no tenemos el espíritu como una chispa de la hoguera infinita que es la divinidad, tal como pensaban los estoicos para todos o los gnósticos para algunos. Pero Dios habilita a estos elementos de suyo inadecuados, para que puedan percibir ese silencio eterno o esas Palabras también eternas. Esta habilitación de los órganos humanos, no es algo de suyo, no está en la constitución humana, es decir no pertenece a su especie. Es un acontecimiento. El acontecimiento por el que Dios nos constituye en dialogantes suyos, en “su imagen y semejanza”.

Somos responsables. Esto significa que lo somos en principio. Es decir que Dios nos habilita para que podamos responder. Pero como todo diálogo personal e infinitamente más, éste es un diálogo de libertades. En primer lugar de la libertad divina que se dirige a nosotros haciéndonos capaces de escuchar su silencio o su Palabra. En segundo lugar, de la libertad humana, ya que el escucharle no es algo meramente pasivo. Por el contrario, es el acto más personal que podemos hacer, es decir es el acto que es capaz de asumir nuestro ser como totalidad y expresarlo. Es el acto que nos define, el acto por el que nos definimos. Es el acto propiamente libre. Nuestra libertad se realiza al responder adecuadamente a Dios o se aliena, degrada y esclaviza al no responderle o responderle inadecuadamente, es decir sin hacer justicia a su realidad o a la nuestra.

En este sentido preciso la pregunta de qué haremos con Dios en el siglo XXI es la pregunta más importante que puede hacerse respecto de este futuro inmediato. Ya que la respuesta efectiva que vayamos dando como humanidad a esta pregunta definirá a la época, al siglo. Desde lo que venimos diciendo cobra su dimensión más plena aquella sentencia de san Agustín: "El que te creó sin ti, no te salvará sin ti". Ya que esta sentencia no significa que Dios nos exige un peaje sino que no nos considera una cosa que pueda ser preservada o reparada desde fuera sino personas a quienes llama desde su libertad divina y a quienes hizo capaces de responder desde su libertad humana. Y Dios respeta absolutamente esta libertad. En este sentido no nos salvará sin nosotros ni en contra de nosotros. La salvación, que es de él sólo (que tiene la iniciativa del diálogo, que lleva la voz cantante en todo el proceso), requiere de nuestra respuesta, sale de nosotros, es responsabilidad nuestra. En este sentido es muy oportuno que como personas y como humanidad nos preguntemos qué vamos a hacer con Dios. Ya el no preguntárnoslo es una respuesta. Una respuesta trágica.

Desde el planteamiento esbozado yo no puedo responder lo que haremos. La respuesta la tiene que dar cada quien como persona, y también los grupos, las instituciones, las estructuras, los cuerpos sociales y la humanidad como un todo personalizado.

Por tanto lo que sigue no pasa de hipótesis más o menos plausibles de analista interesado en el caso y reflexiones (desde mi perspectiva de teólogo) de las consecuencias de cada una de las posibles opciones. Quiero hacer notar de entrada que considero que se darán todas las hipótesis que plantearé, aunque el que predominen más unas u otras decidirá el talante de la o las figuras históricas vigentes.

II.1 DEJAR A DIOS DE LADO

Una posibilidad plausible es dejarlo de lado. Esto no tiene nada que ver con el fenómeno de la secularización en el sentido de la “sana secularidad” que teorizó el concilio Vaticano II. La autonomía de las realidades terrenas (las ciencias, las técnicas, las instituciones económicas, sociales y políticas, las creaciones culturales y la vida cotidiana) respecto de la institución eclesiástica, no sólo es compatible con la aceptación de Dios sino que es una dirección inscrita en la revelación bíblica, aunque las consecuencias de esta visión se han ido sacando gradualmente y en algunas épocas en contra de la propia institución eclesiástica. La primera dimensión de nuestro ser creado es “vivir ante Dios sin Dios”.²

Hablando mediante representaciones, Dios antes de crear se encogió para hacernos sitio, un sitio para nosotros solos, el lugar de los seres creados.³ La generosidad de Dios se muestra al crear este lugar para nosotros, de nosotros, donde sucede la evolución y la historia, el lugar de la realidad que al fin toma la forma de realidad histórica.⁴ Este lugar, decíamos antes, es un lugar desfondado, pero completo a su nivel y verdadero.⁵ Este lugar en definitiva está sostenido por Dios, en este sentido es “de Dios”, o dicho de otro modo está “en Dios”. Pero en su propio nivel es un lugar sin Dios porque Dios lo ha creado para nosotros solos, es nuestro lugar. Dios nunca “mete la mano” en este lugar. En este lugar todo lo que sucede es natural y últimamente histórico. En este lugar sin Dios (y en este sentido secular) es donde tenemos que responder a Dios.

Una respuesta es no responderle o responderle inadecuadamente. A eso llamamos vivir i-rresponsablemente (es decir, no tomando en cuenta a Dios, no de cara a Dios, no ante él) o irresponsablemente (es decir, respondiendo con insolencia o pretendiendo comprarle o como esclavos...).

Así pues dejar a Dios de lado no tiene nada que ver con la autonomía de lo creado. Significa vivir “sin Dios” no ante él sino i-rresponsablemente, sin querer escucharlo ni responderle, clausurados en el “sin Dios”, es decir en nuestra configuración natural que toma la forma de realidad histórica. Es lo que el Concilio designa con el nombre de secularización, para distinguirlo del proceso legítimo de la secularidad que hemos descrito anteriormente.

Este dejar a Dios de lado tiene dos expresiones: una ateística cuando se niega positivamente a Dios o más todavía ni siquiera se hace la pregunta por él; y otra teísta cuando se habla sobre Dios pero no se habla con él, cuando se

construyen ideologías religiosas pero no se lo escucha ni se le responde; o también cuando se construyen religiones dentro de los límites de la razón o a la medida de nuestra sensibilidad, porque, al poner nuestra razón o nuestro sentimiento como medida, se inmanentiza a Dios y en este sentido se deja afuera al verdadero Dios.

Hay que decir que este dejar a Dios de lado es una realidad en estas postrimerías del segundo milenio, es decir que, si no se toma una decisión en contra y se cambia de camino, ésta será una de las cosas que haremos con Dios en el siglo que se avecina. Este fenómeno es especialmente significativo en el Occidente mundializado. En parte se explica como rechazo a la imposición secular de las Iglesias, pero en una medida aún mayor es una dirección permanente del espíritu humano.

Como parte de un proceso personal y colectivo puede ser vivido positivamente. No raramente el dios transmitido por la institución eclesiástica y más todavía la acción de la propia institución eclesiástica han infantilizado a personas y ambientes impidiendo que las personas y las culturas asumieran ese lugar “sin Dios” que él ha creado para ellas, impidiendo que lo poseyeran desde sí mismos: con señorío y libertad. Frente a este constreñimiento religioso, personas sanas han reaccionado tratando de demostrar con sus vidas que se podía vivir de un modo razonable y positivo sin Dios. No sabían que el propio Dios es el que pide que se viva así, con esa autonomía que él creó y que valora y respeta. En este sentido asumir plenamente la condición de sujeto y tratar de habérselas con la realidad haciendo justicia a cada elemento y aspecto de ella es algo querido por Dios. Que no pocas personas hayan tenido que hacer este proceso poniendo entre paréntesis y aun poniendo de espaldas a una imagen de Dios y a una institución eclesiástica que lo impedían es algo muy lamentable, pero que hay que comprender y respetar y asumirlo con calma y con paciencia histórica, sin tratar de forzar los lapsos. Sin embargo no hay que ocultar que vivir así este proceso tiene sus propios riesgos, y que tratar de convertir el proceso en un punto de llegada permanente lo desnaturaliza transformándolo en una decisión expresa de ser así.

En cuando ya no es parte de un proceso sino una decisión permanente el vivir el sin Dios no ante Dios implica definirse por los elementos físicos y culturales, es decir por la realidad histórica de la que se forma parte. En términos bíblicos es la decisión de definirse “según su especie”, renunciando a aceptarse como “imagen y semejanza de Dios”. Este confinamiento quita perspectiva para ver la realidad en sus verdaderas proporciones. Al sustraer de

la realidad el horizonte que constituye el “ante Dios”, desaparece el aire, la atmósfera y el fundamento, y la realidad se congela, se endurece, se trascendentaliza o se banaliza, se hace especialmente difícil no aferrarse a las cosas o no despreciarlas, no situarse uno en el centro de ellas poniéndolas en función de uno, rompiendo así su estructura dinámica. No es fácil conservar la humanidad en este mundo cerrado sobre sí; no es fácil que no se vuelva un mundo de competencia total sin tregua y sin remisión.

Eso no significa que sea imposible. Existe la ética que asume la finitud y la labilidad, que busca atenerse a las proporciones cabales y justas de lo humano, sin nostalgias infantiles de ser como dioses, renunciando a la pretensión de infinitud, tratando de vivir la temporalidad haciendo justicia a lo que pide cada relación y cada momento, sin retraerse ni aferrarse, “siendo”, es decir, transcurriendo al ritmo de la propia realidad que vive su historicidad. En esta opción cabe grandeza humana.

Sin embargo desde nuestro punto de vista esta medida fundamental no hace justicia a nuestra vocación y seca las virtualidades que Dios puso en nosotros. Al aceptar ocupar (y lo más humanizadamente posible) el mundo “sin Dios” que Dios nos ha regalado, hay en esta postura una obediencia primera y fundamental al imperativo implícito en la creación (“esto quod es”); por eso esta postura es superior tanto a la “heteronomía consecuente y consentida” ⁶(que renuncia al “sin Dios” en que consistimos por no atreverse a asumir la autonomía que Dios nos da) como a la postura del que en una confusión irresponsable de planos se lanza en pos de una “mala infinitud” (sin atreverse a asumir su verdadera estatura, sus exactas proporciones, su configuración real). Las aventaja porque se atiene a su relativa positividad y la toma en sus manos. Su problema está en no aceptar la responsabilidad radical que conlleva esta autonomía: “ante Dios sin Dios”. Esto puede ocurrir de dos maneras fundamentales: por negarse positivamente a reconocer al Otro que nos funda o por no llegar a oír ni su silencio ni su Palabra al confinarse en la finitud. En la primera postura hay un orgullo que deshumaniza, en la segunda el atenerse al límite castra la dimensión del misterio que es el humus fecundo de la humanidad.

Hay que decir que las consecuencias de este dejar a Dios de lado se están haciendo sentir con tanta fuerza que es patente que ese modo de vivir sin Dios es invivable. Y lo es, insistimos, porque el ante Dios es el horizonte propio de lo humano. Sustraído ese horizonte, en el mejor de los casos queda una ética enjuta que no da vida, porque la vida se afina y se despliega en el misterio que

es Dios. Pero esto, en el mejor de los casos, porque lo ordinario es que, perdida la perspectiva, desaparezca también el sentido, la orientación, la medida y con ellas la libertad; y al seguir cada quien sus preferencias, en seguida viene la concurrencia y la historia queda convertida en un campo de batalla en el que rige la ley del más fuerte, y mientras unos gimen en la opresión, otros vagan errantes, víctimas de su propia alienación. Por eso en la historia hasta hoy las épocas secularizadas no han durado. En los años sesenta se profetizaba el fin inminente de la religión.⁷ Hoy es patente que no sabemos vivir sin Dios.⁸ No sólo porque seamos infantiles y la religión tenga una función propedéutica, sino sobre todo porque la sustracción de Dios como horizonte y fundamento humano no hace justicia a la realidad.

II. 2 RELIGACION SIN CONVERSION

La impiedad y la vaciedad que trae aparejado el secularismo hace que los seres humanos se vuelvan a Dios. Pero esto puede ocurrir de varias maneras. Y una de ellas es la idolatría, que no supera al secularismo porque no es su contradictorio sino sólo su contrario. La idolatría consiste en querer superar el vacío del secularismo sin convertirse, sin tener que salir de sí, sin asumir el riesgo de ponerse ante la libertad divina, sin pagar el precio de la responsabilidad. La idolatría es entregarse a algo que le permita a uno sentirse vivo, tener experiencias que vayan más allá de lo funcional y del mero bienestar, saberse religado a algo que pueda escribirse con mayúsculas, pero que no exija ser verdaderamente libre y conservar la libertad ejercitándola, que no plantee un diálogo de libertades en el que se decida la vida y que por tanto entrañe lealtad y renunciaciones, una fidelidad personal que moldee toda la vida. Idolatría es religación sin trascendencia ni lealtad; es un comercio sagrado en el que el sujeto compra sentido y experiencias, pagando precios a veces muy altos, pero sustrayendo la propia persona. Idolatría es religación, pero no con una persona ni tampoco de la propia persona.

En la idolatría no se da un tú trascendente ni trasciende el propio sujeto. Por eso la reacción polar de la vaciedad y la impiedad del secularismo es la recaída en la idolatría, igualmente vacía e impía; pero que enmascara esa negatividad con sucedáneos: experiencias emocionantes y en todo caso tranquilizantes, justificadoras; pero que al excluir la alteridad (tanto la de Dios como la del prójimo) y la propia trascendencia, no sólo no salvan sino que posibilitan que se siga en la deshumanización del no estar “ante Dios” sin

conciencia de su extravío. La idolatría es la actitud del que no quiere convertirse, es decir sanarse, pero tampoco quiere experimentar los efectos de su estado. No le importa su situación real, lo que busca es contrarrestar los síntomas. En este sentido secularización e idolatría son dos polos opuestos que se atraen ya que si la vaciedad del secularismo lleva a la simulación de la idolatría, el hastío de ese comercio infantil hace recaer en la vaciedad del secularismo. Son polos recurrentes, si no se quiere pagar el precio que exige la superación de ambos: la referencia personal a la persona divina, la autonomía responsable.

Desde lo que llevamos dicho aparece claro que la idolatría no se define tanto por el modo de representarse a Dios como por la relación efectiva que se entabla con él. Así cabe una actitud de verdadera religión ante una representación inadecuada y una actitud idolátrica ante el Dios verdadero. Por ejemplo los magos caldeos de los que nos habla el Evangelio de la infancia de Jesús (Mt 2, 1-12) practicaban una religión falsa, denostada fuertemente tanto en la Biblia judía como en la Tradición cristiana. Y sin embargo, mediante ella, llegan a Jesús. Es que el que busca sinceramente, poniendo en ello la vida, es decir, trascendiendo personalizadoramente en la búsqueda, encuentra (Mt 7, 7-8). Y encuentra porque esta actitud "supone" al Dios verdadero, apunta a él y por eso termina en él, independientemente de cómo se lo represente. En el mismo texto de Mateo, los sumos sacerdotes y los maestros de la ley, manejando correctamente la Biblia, no llegan al enviado de Dios. Y no llegan porque, hipostatizando la Ley (que controlan a través de interpretaciones acomodaticias), relativizan a Dios y al prójimo, y así no trascienden personalmente en su relación religiosa. Pagan el precio de las observancias rituales para no salir de sí, para no entablar relaciones personales y no comprometerse en ellas. Esa relación no adecuada con el Dios verdadero no llega a él, sino al ídolo mosaico ⁹ que se han fabricado: es una relación idolátrica. Por eso puede echarles en cara Jesús que no conocen a Dios (Jn 8, 19-20).

Por eso al preguntar qué haremos con Dios, es inexcusable repreguntar ¿con qué Dios? ¹⁰ Y la respuesta no la da la teología sino la recta adoración, que es simultáneamente ortodoxia y ortopraxis. Más importante, pues, que saber si viviremos o no ante Dios el "sin Dios" de la realidad es averiguar primero de qué Dios estamos hablando. Y para averiguarlo no basta con caracterizar conceptual o representativamente al Dios al que nos referimos, es preciso investigar qué relación entablamos con él, porque la relación real es la que decide realmente cómo es el Dios al que me dirijo. En este sentido hay que

retener el antiguo adagio: "lex orandi, lex credendi". Se cree no en el Dios que se representa o profesa sino en aquel ante el que efectivamente uno se sitúa y con el que se relaciona.

Es claro que hoy abunda la idolatría, dentro y fuera de los moldes cristianos. Y que el fenómeno parece que va en aumento. Y puede ser que no sea una onda pasajera sino que llegue a estabilizarse. El problema de la idolatría no es que quita clientela al Dios verdadero y a sus ministros. Ni el Dios verdadero ni sus ministros (si en verdad lo son) aspiran a tener clientela; rehuyen por el contrario ese tipo de relaciones. El problema es que la idolatría deshumaniza y aliena y, lo que es peor, cubre con un velo ese estado personal. El evangelio de Juan lo llama las tinieblas (Jn 3,19; 8,12; 12,35).¹¹ Lo trágico es que éstas, que son tinieblas, funcionan como luz. Las personas caminan a su luz engañosa y así no echan en falta la luz y se hunden en el abismo sin darse cuenta. Este pecado contra la Verdad (que lo es también contra la Vida) tiene difícil remedio porque el que lo comete no lo percibe como tal. Por eso éste es el pecado más mortal, porque el que vive en él nunca le va a poner remedio (Jn 9,39-41; Mc 2,17; Mt 12,31-32).

II.3 VIVIR DE FE

Otra posibilidad respecto de Dios, que se va a cumplir sin duda en el siglo XXI, es apoyar efectivamente en él nuestras vidas, de modo que él sea el principio y fundamento, tanto de nosotros mismos como de nuestro habérselas con la realidad. Llamamos a esta relación vivir de fe. Si toda relación realmente personal con cualquier persona se funda en la fe y ninguna experiencia puede rebasarla sino que será siempre expresión de ella, en la relación con Dios la fe es también el punto de partida ya que, al no ser Dios un ser de este mundo, no tiene una cara externa a través de la cual se lo aprehenda ni tampoco es la conclusión necesaria de un razonamiento. Sólo a través de la fe acepto el testimonio de un mensajero suyo o interpreto a algo como vestigio de su acción, como signo de su paso o sacramento de su presencia. En rigor en Dios sólo se puede creer.¹²

Ese es el nombre propio con el que él se nos ha revelado (Ex 3, 14): si caminan conmigo (dice a Moisés), en el camino irán viendo quién soy yo, es decir se irán percatando de que soy alguien de fiar, de que no soy un sí y un no sino que de verdad "yo soy". Lo experimentarán, si se apoyan en mí. Dios nos anima a que hagamos la "probación física"¹³ de su existencia, es decir que asentemos la vida en él para que comprobemos su consistencia.

Pero esta comprobación también se hace en la fe. El no es una pieza de nuestros engranajes, él no es el que favorece nuestras empresas y saca adelante nuestros planes, él no es la garantía del éxito ni el talismán que nos asegura la salud y la vida. El nos hace sentir su presencia; pero no acudiendo a nuestro emplazamiento ni invadiendo el "sin Dios" de nuestra realidad, sino cuando quiere y como quiere, y con absoluta discreción, sin romper el hilo de las causalidades mundanas.

Y por otra parte el que vive de fe no persigue la experiencia como tal, no emplea a Dios como un estímulo que excite su sensibilidad y lo haga sentirse vivo, no está interesado en la resonancia que pueda provocar en él la relación viva con Dios. El dirige toda su atención a esa relación viva. Le interesa que se dé realmente esa relación y trascender en ella. Si ese contacto produce en él efectos sensibles, se alegra. Pero se alegra más aún de tener a Dios por Padre y Madre y de saberse su hijo. Ese saber que progresivamente va más allá de cualquier representación trae la paz (en el sentido bíblico de descanso en la plenitud) y sitúa la relación con Dios en el plano de la libertad. No pide pruebas porque confía (Mt 4,7) y confía en medio de la propia debilidad y aun del pecado.

Este vivir de fe que evoluciona de la *pistis* a la *gnosis* (es decir, de creerle a Dios a creer en él, de fiarse previamente de él extendiéndole un cheque en blanco a confiar en él porque se ha gustado y probado qué bueno es el Señor: (Sal 34, 9; Cf Jn 4, 42), es lo que llamamos vivencia mística. Y en este sentido a ella se encaminan las religiones, que valen en cuanto que efectivamente ayuden a sus fieles en este camino que debe recorrer cada quien. Mediante una sinécdoque (sábado por religión) eso afirmó Jesús al decir que el sábado era para el ser humano y no el ser humano para el sábado (Mc 2,27). Por eso uno no tiene que entregarse a la religión sino que debe vivir en ella con verdadera libertad espiritual usándola, como medio que es, para que le ayude a alcanzar el fin, que es esa existencia ante Dios, con Dios y en Dios, que es el vivir de fe, que si es legítima no puede anular el sin Dios de la realidad sino que da ánimos para asumirlo creativamente y con entera responsabilidad, es decir como un componente de la respuesta en fe que cada quien da a la fe que tiene Dios en uno.¹⁴

Esta relativización de la religión no significa que se la vive caprichosamente. La entrega al capricho encierra tanta falta de libertad como la obediencia servil. No comprometerse y mediatizarse son dos formas polares de no usar la libertad. Como también es usarla alienadamente hacerse uno mismo medida y no buscar ante todo trascender en la relación.

Pienso que el tiempo está maduro para que en el siglo XXI florezcan estos seres humanos que liberaron su libertad al vivir de fe.¹⁵ Y pienso que serán imprescindibles para que las macroestructuras y un mal uso de la informática y de la ingeniería genética no roboticen a la humanidad. Ellos con su vida alternativa serán testimonios vivientes de la fortaleza, la ternura y la fecundidad que encierra este modo tan elementalmente humano de existir. Ellos, poseídos de la energía tranquila de la fe, vivirán de cara al viento, como desarmados testigos de la verdad y, aun en medio de contrariedades y sufrimientos, serán portadores del evangelio de la alegría (Lc 1, 47; 2,10; 10,21; Jn 20,20). La alegría es lo único que no puede dar el éxito ni la civilización del bienestar; pero tampoco la puede destruir ningún poder y puede coexistir con el sufrimiento. Es el bien escatológico, reservado, por eso, para los que al vivir de fe viven en lo definitivo (Jn 15,11; 16,22).

III.1 ORGANIZAR ESPACIOS SOCIOCULTURALES EN NOMBRE DE DIOS

Estas tres posibilidades que hemos explorado hasta aquí (dejar a Dios de lado, idolatrar y vivir de fe) son posibilidades inherentes a cada ser humano, incluso ineludibles. Hay otras posibilidades que son sociales, es decir organizadas, incluso prescritas. En el fondo no son posibilidades distintas de las anotadas anteriormente; pero al tener un sujeto corporativo se presentan con nuevas expresiones.

Vamos a considerar ante todo una que está en plena expansión en ámbitos culturales y religiosos diversos y que conocerá en la primera parte del siglo venidero una eclosión que puede significar a la larga su momentáneo ocaso. ¿Qué vamos a hacer con Dios? Organizar en su nombre vastos espacios socioculturales e incluso (de un modo más o menos directo) políticos.

A propósito del concilio Vaticano II se habló del fin del constantinismo. Ciertamente que la dinámica conciliar llevaba, como dijimos, a un cristianismo secular y a una religión de la caridad.¹⁶ Lo que no significa el fin de las expresiones religiosas sino asumirlas como expresiones simbólicas de la vida humana que trataba de configurarse a partir de la fe, pero en el siglo: "en el sin Dios" de la historia. Ya insistimos que la avalancha secularizadora sepultó en gran parte la sana secularidad conciliar y su renovación litúrgica y más en general religiosa. Este espíritu y este impulso conciliares no han muerto

y siguen dando de sí en expresiones creadoras de historia. Pero no son las expresiones dominantes; no es que sean excepcionales, pero sí minoritarias.

El Papa actual a nivel de contenidos ha desarrollado con vigor diversos aspectos de esta mentalidad y espíritu conciliares. Pero su dinámica organizativa se ha apoyado en movimientos de neocristiandad y ha impulsado vigorosamente esta dirección. El es catalizador de un proceso que está bastante difundido y más aún que cuenta con gran apoyo financiero y logístico en círculos de poder. Porque, como ellos, también se basa en el poder. Busca modelar ambientes por presión social, y para ello en el interior de la iglesia busca la compactación uniformizadora en torno a las directrices de los líderes. El modelo de cristiano que se proyecta es el convencido entusiasta que se entrega en organizaciones multitudinarias a organizar de un modo militante lo que prescriben los responsables. En este paradigma la autonomía responsable es no sólo un peligro sino una desviación. La institución eclesiástica de instrumento funcional ha pasado a convertirse en depósito y sede de la salvación: la entrega a ella es la que pone a valer a la persona. En la práctica la Iglesia se identifica con la institución eclesiástica; el fiel cristiano participa de ella en cuanto está encuadrado en sus organizaciones, en cuanto aparece en su organigrama. Y el que no está dentro, es no un tú absoluto sino un potencial adherente o un recalcitrante que hay que neutralizar.

Esto que venimos diciendo del catolicismo se da también en las demás Iglesias cristianas y en otras religiones. El caso más llamativo es el fundamentalismo islámico, aunque el judío no se queda atrás. Estos movimientos están en plena beligerancia. Sus objetivos son controlar y modelar sus organizaciones religiosas y obtenida esta plena "representatividad", modelar los espacios humanos en que habitan sus miembros. La legitimidad de este operativo se fundamentaría en la congruencia entre la fe que se profesa y la vida que se vive, donde entran las diversas expresiones institucionalizadas de esa vida, y presidiéndolo todo la política.

En este esquema los mediadores autorizados de Dios están revestidos de poder. Ellos no sólo son los que van delante predicando con su ejemplo, animando con su espíritu, iluminando con su palabra y exhortando con el afecto de su corazón. Ellos aluden frecuentemente a estos sentimientos y podemos suponer que los cultivan sinceramente. Pero en realidad lo que hacen es mandar y lo que esperan es que se seguirán sus directrices. Y si no, presionan, descalifican a los renuentes, excluyen a los contradictores, sancionan.

¿A qué Dios hacen presente estos movimientos? Independientemente de cómo lo caractericen, funcionalmente hacen presente al dios del Poder. Dios es el Todopoderoso que inviste de su poder a sus representantes. Ese poder será presentado como poder medicinal, correctivo y saludable. Pero con la intencionalidad que sea, se trata formalmente de poder: voluntad de imponerse sobre otro obligándolo a que desista de su voluntad privada y siga los dictados de la autoridad. Es un dios que exige que se le rinda la voluntad, que se le entregue la libertad. Dios es quien sabe lo que le conviene a cada quien y sus enviados son quienes lo intiman a cada quien autorizadamente.

Si el Espíritu es libertad (2 Cor 3,17), esta interpretación religiosa apaga al Espíritu (aunque hable de él y aun lo invoque) y lo sustituye por la letra, por la Ley. Desde el punto de vista que sustenta este artículo, este dios es un ídolo, se llame Jahvé, Alá o el Padre de Jesucristo. Ya que no es la denominación, la representación o el concepto lo que decide de la calidad de Dios o de ídolo sino el tipo de relación que se entabla con él. Es la relación concreta y real la que en verdad “supone” y “termina” en un determinado tipo de sujeto, en este caso Dios o un ídolo.

En este caso el punto determinante es el uso del poder y por consiguiente la pérdida de libertad. Para nosotros la relación con Dios se basa en la libertad y produce libertad. Porque la relación con Dios sólo es posible en el Espíritu. Cualquier otro intento queda externo a Dios. Ya que sólo el Espíritu de Dios tiene acceso al interior de Dios. Pues bien, nosotros hemos recibido el Espíritu de Dios para que al relacionarnos con él lleguemos efectivamente hasta su misma entraña (1 Cor 2, 10-12). Por eso sólo en clima de libertad, que tal es el clima espiritual, tenemos acceso a Dios. Las vías de la (neo)cristiandad y el fundamentalismo son en verdad muy expeditas.¹⁷ Sólo que no llegan hasta el Dios verdadero. Suponen un ídolo y terminan en él.

Y sin embargo, como es grande el miedo a la libertad y más en una época tan azarosa y violenta como la que atravesamos, es plausible el éxito de estas jerarquías que en nombre de Dios pretenden configurar enormes espacios socioculturales según su voluntad, de la que ellos se sienten intérpretes ineludibles y que los particulares no conocen sino en sombras.¹⁸ Ellos los libran de las incertidumbres y de los extravíos. Es fácil que se encuentre la voluntad de poder de unos con el miedo a la libertad de otros, la clarividencia alienada de los líderes con el desamparo de tantos que se sienten menos que hormigas entre las macroinstituciones que parecen detentar “todo el poder y la gloria” (Lc 4, 6).

La violencia, sutil o burda, en nombre de Dios es una amenaza próxima y formidable. El secularismo destituido del humus fecundo del misterio, no tiene vigor para hacerla frente. Sólo la energía tranquila de quien vive de fe puede superarla porque con la libertad ni ofende ni teme. No entra en concurrencia, ya que no usa el poder, pero tampoco se pliega por cobardía. Y no sólo resiste sino que sigue su camino, con el favor de Dios “para la vida del mundo” (Jn 6,51).

III.2 CONFINAR A DIOS AL AMBITO PRIVADO

Otra posibilidad que ha tenido tremenda vigencia en este siglo, pero que cada vez se va mostrando más insatisfactoria, tanto para los adherentes como para los representantes, es la propuesta liberal de convencer a las Iglesias para que se elijan tal como el sistema las ha elegido porque las quiere y las necesita: en el ámbito privado. Su pretensión es que las Iglesias se contenten con un papel meramente atestatorio a nivel público y que desplieguen en el ámbito privado sus virtualidades de dar sentido y prescribir pautas. Las Iglesias deben aceptar en este caso la dicotomización de la existencia y atenerse a su nivel privado sin inmiscuirse en el público, declarándolo por tanto de palabra o al menos en los hechos como irrelevante para la relación con Dios. La organización económica y política, y las relaciones sociales se dejan a la iniciativa privada según la normativa legal. En este campo a la Iglesia sólo le toca expresar la bendición de Dios sobre el conjunto: “annuit coeptis”.¹⁹ Porque la parcela que le toca de un modo directo y expreso es la de canalizar las necesidades religiosas y éticas de quienes se sientan movidos a entrar en sus ámbitos y denominaciones.

Desde nuestro punto de vista el mérito que tiene esta concepción liberal de la religión es el haber visto con toda perspicacia la incompatibilidad entre la relación con Dios y la prescripción normativa intimada por el poder político so pena de incurrir en sanciones. Sólo una relación en libertad es digna del respeto que tanto Dios como el ser humano se deben a sí mismos. Y si desdice del ser humano someterse a Dios forzosamente, mucho más supone injuriar a Dios pensar que él puede aceptar una sumisión servil o aun política.²⁰

El problema de esta concepción liberal estriba en confundir lo público con lo político, ignorando todo lo societario, comunitario y popular, que si a veces puede ser subsumido en el ámbito de lo particular y privado, otras pertenece a la esfera pública, aunque no deba ser asimilado, ni aun indirectamente, a lo político.

Puede ser que en el siglo XXI el nuevo orden mundial se naturalice tanto que sea posible sacralizarlo con relativa buena voluntad y conciencia y así cada denominación religiosa tratará de atenerse a la parcela que ha podido ocupar en el mercado religioso. Hay que decir sin embargo que hoy por hoy las Iglesias cada vez se sienten más incómodas de desempeñar este papel y más renuentes a hacerlo. Y por otra parte los fieles cada vez están menos interesados en unas instituciones religiosas que mantienen pacíficamente este perfil. Sin embargo la generación adolescente sí es posible que sea caldo de cultivo adecuado para un neoconformismo que se sienta cómodo en esta propuesta y que considere a las otras como demasiado costosas. Así pues, hoy por hoy, esta opción cada vez tiene menos vigencia. Pero no hay que descartar que la tenga en unos veinte años y que Dios vuelva a quedar confinado en el dominio de lo privado, un campo, por lo demás absolutamente domesticado y compensatorio. Sería un dios que daría sentido a lo que no lo tiene y una ilusión de felicidad, ya que no la plenitud de las bienaventuranzas (Lc 6,20-23; Mt 5,3-12).

III.3 VIVIR DE FE EN COMUNIDADES ABIERTAS

Existe una tercera posibilidad que ya está en ciernes y que abrigamos la firme esperanza de que en el siglo XXI se abra campo y dé generosos frutos. Me refiero a fraternidades formadas por personas que viven de fe y por esa misma fe se reconocen y al llevarse mutuamente en su fe anudan lazos profundísimos de hermandad espiritual. Estas fraternidades, al estar fundadas en la auténtica dimensión de fe, no son fundamentalistas sino que por el contrario se abren a su medio y particularmente a los necesitados, porque la fe se expresa en amor solidario (Gal 5,6).

Esta vivencia comunitaria de la fe toma dos direcciones fundamentales: ante todo la fe que se expresa en la solidaridad sana los ambientes, es un fermento poderosísimo de vida realmente humana (Mt 5,13-16). A diferencia del fundamentalismo, da sin cobrar ningún peaje, sin hacer proselitismo, sin discriminar a nadie, pero privilegia al necesitado, al discriminado, al que ha perdido la autoestima, es decir al pobre y al que se tiene y es tenido como pecador. Estas comunidades dan de sí mismas, se dan a sí, personalizadamente (sea en la relación cara a cara o en el anonimato del cuerpo social), y por eso dan desde abajo, estimulando las libertades y ayudando a que el que recibe crezca y sea capaz también de dar.

Estas comunidades, de cualquier denominación religiosa que sean, hacen presente al Amigo de la vida (Sab 11,26), al Dios de la humanidad y de la gracia

(Tit 2,11), al Dios que es amor (1 Jn 4,7-12;3,16-18). Y dan testimonio de la fuerza que hay en ese Amor, de cómo él es la fuente inexhaustible de la vida (1 Jn 3,14-15).

Aunque esta fe que se expresa en amor solidario busque con toda paciencia, ahinco y creatividad sanear ambientes y moldear estructuras e instituciones en un sentido realmente humanizador, no recae en la cristiandad porque no le compromete a Dios en sus acciones creadoras de historia. Como vive de fe, sabe que se trata de un diálogo de libertades: así como él le deja a Dios ser Dios, así sabe que Dios nos deja a nosotros ser seres humanos. La vida histórica es el lugar “sin Dios” que estos hombres de fe viven ante Dios y con Dios y en él, pero sin mezclar los niveles. Por eso no aspiran a hacer una cultura, por ejemplo, cristiana. Saben que nunca lo será del todo, pero que lo será de algún modo en cuanto sea realmente humana ya que Jesús es el paradigma de la humanidad. Por eso sabrán reconocer lo cristiano de la cultura, así tenga por sujetos a cristianos como a musulmanes, judíos, budistas, hindúes o a-teos, o una conjunción de todos ellos, que es a lo que realmente aspiran.

La segunda dirección que toma esta vivencia comunitaria de la fe es salir al encuentro de otras personas que vivan de fe y ayudar a que más personas vivan de fe. Esto último no es proselitismo: es evangelio, proclamación de una buena nueva, comunicación de una experiencia salvadora, invitación a descubrir ese tesoro, a vivir esa alegría. Es una invitación a la libertad del otro, no el secuestro de su libertad.

En el siglo XXI bastante gente va a hablar de Dios a otras personas, no por encargo de una institución o para hacer méritos o por espíritu de cuerpo sino porque de la abundancia del corazón habla la boca, dando sencillamente testimonio e introduciendo a un misterio, acompañando a una iniciación, que es siempre un proceso absolutamente personal, pero que acontece en el seno de una comunidad. Hablar de Dios no va a ser sobre todo cosa de especialistas en el sentido intelectual o institucional de la palabra; va a ser un hablar desde dentro. Y el sujeto de esta palabra será el hombre de fe y la mujer de fe.

Pero el siglo XXI también va a presenciar un acontecimiento providencial porque puede convertirse en el alma de esta historia por primera vez mundial: me refiero al encuentro entre comunidades religiosas de diversas denominaciones y religiones. No un encuentro institucional, político, sino un encuentro desde la fe, movido por la fe. Como el Dios en quien se cree es inexhaustible, es la verdad de la fe, la seguridad de estar en ella la que en su misma dinámica lleva a recibir también la fe del otro, ya que lo que se busca,

insistimos, no es ni la seguridad subjetiva o institucional ni vivencias cada vez más exquisitas sino la presencia de Dios, del único Dios verdadero, cada vez más honda y verdadera. Como la religión es relativa, la fe, que sí es escatológica, busca autotranscenderse. No se trata de ningún sincretismo, es la propia fe la que por fidelidad a sí misma busca apoyarse en la fe del otro y apoyar al otro en su fe. Porque Dios es siempre mayor. Y "si le conoces, no es Dios".

Es un encuentro para crecer en la fe, no en el sentido de apoderarse de la fe del otro sino para apoyarse en su fe, igual que el otro se apoya en la de uno. No hay ninguna intención de apoderarse porque la fe no es botín sino una gracia de Dios. Y Dios reparte su gracia como quiere. Pero la reparte personalizadamente. Por eso el otro tiene una fe que yo no tengo y yo tengo una fe que el otro no tiene, aunque ambas terminen en el mismo Dios. Así como el Dios verdadero (no el de los filósofos) incluye la diferencia dentro de sí, así el que vive de fe también reconoce la diferencia de la fe del otro como riqueza de la única fe que acaba en el único Dios.

Este acontecimiento, realmente trascendental, del encuentro interreligioso e incluso intrarreligioso requiere de mucha fe para que no se desvirtúe. Y por eso serán sanas las reticencias de las distintas religiones, con tal de que no lo aborten. No es que este acontecimiento se convierta en una estructura permanente ya que su finalidad no es sustituir a las diversas religiones actuales sino purificarlas, de modo que reasuman su condición de caminos para el ser humano en su camino hacia Dios y hacia lo mejor de sí mismo, hacia los cielos nuevos y la tierra nueva (Ap 21,1).

IV UNA PREGUNTA FINAL

Al final de este pronóstico sobre qué haremos con Dios en el siglo XXI me queda la pregunta de si, a pesar del secuestro de la libertad, las configuraciones fundamentalistas, sobre todo las de carácter más popular y comunitario, no serán las únicas que podrán contrarrestar la dirección insolidaria de esta figura histórica que está provocando una escisión tan profunda en el seno de la única humanidad que acaba con la posibilidad de vida humana y aun casi con su concepto. En este contexto tan endurecido, las resistencias fundamentalistas ¿no serán un mal menor imprescindible en esta situación que conduce al abismo? Para mí la pregunta es completamente legítima.

Yo personalmente apuesto, precisamente por mi fe en Dios, por una alternativa superadora, es decir que contenga lo mejor de esta figura histórica (tanto los bienes civilizatorios como culturales) y supere su alienación interna y su dirección insolidaria. Pero esta alternativa ¿tendrá suficiente energía? O por mejor decir ¿la tendremos quienes optamos por ella? La aceptación de la complejidad, el intento irreductible de hacer justicia a la realidad en cada uno de sus niveles y aspectos ¿no acaba convirtiéndose en debilidad, o al menos apareciendo como tal frente a los dos fundamentalismos vigentes, puesto que el del mercado y el capital también lo es? En una situación en la que quienes tienen el poder en cualquiera de sus formas buscan tratar a la gran mayoría de la humanidad como meros destinatarios de lo que ellos maquinan (y esto sucede tanto bajo el título del individualismo como del comunitarismo), nuestra apuesta por el sujeto, y el colocar la experiencia fundante de Dios precisamente en la autenticidad (que entendemos como obediencia al impulso que mueve más adentro que lo íntimo de cada uno, en el que nosotros los creyentes reconocemos al Espíritu) ¿no puede sonar como exquisitez elitesca? Yo insisto en que no es así, en que son los pobres que viven ese conato agónico por la vida, los que más profundamente lo experimentan. Pero tengo que reconocer que son pocos los que hacen esta apuesta.

La pregunta sería si vale más una experiencia más auténtica y cabal de Dios, pero al alcance de menos, que otra, más rígida y menos trascendente, pero con cauces más estables y socializados. En definitiva la pregunta es si Dios quiere la conformación de instituciones eclesiásticas poderosas, que puedan proteger y alimentar la fe de las masas, poco susceptible de una personalización adulta, o si prefiere que la gente vaya creciendo en conformaciones más abiertas y responsables, es decir con flujos comunicacionales horizontales y ascendentes y no sólo descendentes. Yo creo que desde el paradigma de Jesús la respuesta debe encaminarse hacia la segunda opción. Ésa es mi apuesta.

CODA: ENCONTRARNOS CON DIOS EN EL SIGLO XXI

Entramos en el siglo XXI bajo el predominio casi sin contrapeso del capital, tanto a nivel económico como político y cultural. Los grandes dueños del capital, sobre todo financiero, imponen la flexibilización de los contratos laborales. Eso significa en el primer mundo que va desapareciendo el trabajo estable con los compromisos consiguientes por parte de la compañía

contratante. En el tercer mundo, además de lo anterior, la consecuencia es que se tiene que trabajar más tiempo para percibir menos y teniendo menos derechos. A nivel político se obliga a los Estados a que disminuyan drásticamente la seguridad social: seguro de paro, jubilación, atención sanitaria. Culturalmente se pone a girar a todos en torno a la producción y el consumo: se estimula el valor de la competitividad, con los tremendos costos psicológicos que conlleva, y se insta de un modo compulsivo a consumir, ya que es requisito indispensable para que el mercado continúe su onda expansiva.

Este esquema induce por una parte una polarización creciente en la población mundial e incluso en la de los países más desarrollados, y por otra un vaciamiento en la calidad humana. Como el papa Juan Pablo II no cesa de insistir, cada día crece más aceleradamente el número de pobres y aumenta su pobreza, y simultáneamente hay más ricos y sobre todo aumenta inmensamente su riqueza.

A lo largo de toda la historia hasta donde podemos barruntar, la ocupación de la mayor parte de la humanidad ha sido tratar de mantenerse en vida y hacerlo de la manera más humana posible. La novedad actual es que esa verdadera agonía (es decir, esa lucha por vivir cuando amenaza la muerte) de las tres cuartas partes de la humanidad acontece en una figura histórica que dispone de medios materiales suficientes para todos y de capacidad técnica para que lleguen a todo lugar. Esa lucha por lo mínimo (que es lo máximo: la vida, el don sagrado de Dios) se da en presencia de una abundancia y un despilfarro casi sin límites. La mayor parte de los que luchan por no morir saben que su situación es perfectamente remediable, es decir que si están así no es por el insuficiente desarrollo de las fuerzas productivas sino por este modo de producción y la insolidaridad de sus fautores y quienes lo usufructúan.

- Vivirle a Dios en el empeño agónico por vivir

En estas condiciones, si Dios es el Dios de la vida, parece ser que él actúa ante todo en aquéllos que no pueden dar por supuesta la vida, en aquéllos cuya ocupación fundamental es tratar de mantenerse en vida (ellos y los suyos) y que esa vida mantenga su condición de humana en esas condiciones tan adversas. De una manera más precisa afirmamos que en el empeño agónico por la vida que los caracteriza coinciden con el Espíritu de Dios; que ese empeño, que es lo más personal que hacen, es también obediencia al impulso del Espíritu, que los mueve desde más adentro que lo íntimo suyo, y que en ese empeño pone

a vibrar sus más recónditas energías. Esta lucha por vivir es tan desmesurada, tan a contracorriente, tan extenuante, provoca una tensión tan constante que tiende a que las personas se deshumanicen o se echen a morir; pero por otra parte, al tener como objetivo la vida, se desgrana en dimensiones distintas y se acompasa a ritmos que contrapesan y equilibran, propicia encuentros, da lugar a rehacerse una y otra vez. Esta lucha por mantenerse en vida y por mantenerse humano es el modo más primigenio y pleno de vivirle a Dios.

Dios no quiere tanta precariedad y menos aún, si, como sucede en esta figura histórica, es producto de la insolidaridad. Pero donde abunda el pecado sobreabunda la gracia. Estas personas, cuando logran mantener conjuntamente la vida y la humanidad, son los pobres con Espíritu, los bienaventurados por excelencia del Evangelio. Ellos han nacido de Dios y lo viven. Ellos hacen con Dios lo más que puede hacerse: darle curso en sus vidas. Así pues en el siglo XXI ellos, la inmensa mayoría de la humanidad, son los portadores de Dios por excelencia: de ellos es el Reino de Dios.

- Los pobres tienen derecho al Evangelio, pero, ¿quién los evangelizará?

No pocos de ellos, a través de diversas religiones, más o menos lo barruntan o incluso lo saben. Pero otros, no. Y de todos modos todos ellos tienen derecho a que se les dé esta buena noticia. Para nosotros los cristianos, el Evangelio les pertenece. Así pues, lo principal que tendrían que hacer las Iglesias cristianas en el siglo XXI es dar creíblemente el Evangelio a los pobres. Decirles que esas energías creadoras y humanizantes que se ponen en funcionamiento en su interior en medio de su precariedad, son energías suyas; pero que es el propio Espíritu de Dios el que las pone a vibrar. Que son ellos quienes como sujetos van dando a luz esa vida humana, en medio del caos que amenaza constantemente con echarlo todo a perder; pero que es el impulso del Espíritu el que mantiene su condición de sujetos entre tantas presiones y desánimos.

Más aún, decirles que Dios les ha dado como compañero a su propio Hijo: un ser como ellos que vino a enriquecernos con su pobreza (2 Cor 8,9), no sólo la pobreza genérica de la condición humana sino la pobreza elegida como condición de vida. Él vino como Mesías pobre de los pobres (Lc 2,24;4,18;7,22). Desde su desabrigo itinerante (Lc 9,58), él cargó humilde y solidariamente con sus dolencias (Mt 9,17;11,28-30;12,15-21), porque los vio sobrecargados y abatidos, como ovejas sin pastor (Mt 9,36).

También corresponde al evangelio decirles que Dios, que les dio a su Hijo y al Espíritu de su Hijo, se da también a sí mismo en ellos: Él es verdaderamente su Padre y Madre, y los llama a que se relacionen con él con confianza filial. Más todavía, él confía tanto en ellos que les encarga (¡precisamente a ellos!) que custodian la creación y la calidad humana de la vida y que se porten con los demás como verdaderos hermanos. Este evangelio se resume en que Dios es el Dios de los pobres como es el Dios de Jesús.

No cabe duda de que proclamarles creíblemente este evangelio es una noticia estupenda que colma de alegría a los pobres que luchan por la vida y porque sea lo más humana posible. Y que ella contribuye a que luchen con más entereza y constancia porque se saben en manos del Amigo de la vida, del creador y porque los anima la esperanza del Reino, cuyas primicias, cuya sustancia, poseen ya.

La pregunta es si las Iglesias evangelizarán a los pobres en el siglo XXI. A nivel global la respuesta es que no lo harán, y, si lo hicieran, no tendrían credibilidad. Las Iglesias cristianas acaban el siglo fuertemente identificadas con la institución eclesiástica, relegando al pueblo de Dios a la condición de beneficiario de sus servicios religiosos y sociales, y por tanto fuertemente atadas al orden establecido, aunque sea (en el mejor de los casos) a sus mejores posibilidades. Iglesias así no conocen este evangelio, en el sentido bíblico de que no lo conocen por dentro, no lo experimentan. Por eso cuando lo verbalizan (glosando los textos evangélicos correspondientes cuando tocan en la liturgia) sus palabras carecen de peso. Y además están desmentidas por la práctica ya que, si fueran tomadas en serio, la institución eclesiástica se pondría al servicio de los pobres en relaciones horizontales y mutuas, y más aún se reestructuraría institucionalmente a partir de los pobres con Espíritu, que son, aunque no lo crea, el corazón de la Iglesia.

Gracias a Dios a lo largo del siglo XX en las Iglesias cristianas nunca faltó una minoría que lo comprendió y vivió. Más aún algunos documentos muy significativos como el sínodo sobre la justicia en el mundo o los documentos más autorizados de algunas Iglesias locales como la latinoamericana (Medellín y Puebla) lo han plasmado de una manera inequívoca y densa, porque quienes los redactaron lo vivían y los demás no se negaron a esta llamada del Espíritu. Cuando se cierra el siglo la profecía vive una hora muy baja en las Iglesias (el papa Juan Pablo II es de los pocos que la ejercita con clarividencia y terquedad admirables, tanto en lugares donde suena bien como en la boca del lobo) y la institucionalización, tan cerrada sobre sí y pendiente

de su autoconservación, no contribuye a sacramentalizar el evangelio. Sin embargo todavía sigue viva la llama en algunos jerarcas, en un puñado de agentes intermedios, y en un sector minoritario pero altamente dinámico y significativo de seglares, entre ellos muchos pobres, esos pobres con Espíritu de los que venimos hablando. Nuestra esperanza es que esta minoría conserve no sólo la fe y el valor sino también la caridad, y que así no sólo sea levadura en la masa humana a la que pertenece solidariamente sino que pueda ayudar a sus hermanos cristianos y en concreto a la institución eclesiástica a una conversión al fervor de la gracia que da alegría para liberarse de amarras mundanas.

- La fe se jugará alrededor de los pobres con espíritu

Pero en todo caso sí queremos afirmar que según nuestro pronóstico el futuro de la fe se juega alrededor de estos pobres con Espíritu, sean o no cristianos, sean o no conscientes de que es el Espíritu quien los mueve en su lucha, tan desabrigada y a contracorriente, por la vida y por la calidad humana de esa vida. Si esa brecha creciente es el mayor signo de los tiempos ¿cómo encontrarse con Dios, si no queremos converger adonde él pasa? Si esta brecha es tan patente, tan inocultable ¿cómo construir santuarios confortables que nos permitan encontrarnos con un dios asequible al margen de este drama de la especie humana? Ceremonias y movimientos religiosos que funcionan como vías de acceso a Dios sin tener que pagar el precio de enfrentarse a esa realidad que desquicia las vidas instaladas, podrán hablar de Dios, pero ese hablar es una terrible profanación, es escarnecerlo; es tentar a los pobres al presentar a un dios tan apático como los instalados en el polo desarrollado.

- Participar de la pasión de Dios por el mundo

No sabemos cuántos estarán o estaremos dispuestos a hacerlo en el siglo XXI, pero en él a lo que Dios nos llama es a participar de su pasión por el mundo y de la pasión que le inflige el mundo. Dios no es apático. Él siente pasión por el mundo: lo ama y nos ama apasionadamente, nos ama con todo su ser y se juega en ese amor. Este amor, tal como se nos ha revelado, no es algo deducible de antemano (en la Biblia, por ejemplo, Oseas es el primero que se atreve a atribuir a Dios el amor por nosotros), menos aún algo debido a nuestra condición de creaturas. Este amor es una relación personal, que incumbe por tanto de un modo diferenciado a cada una de las personas divinas. Es un amor

que se nos revela y acontece al entregarnos a su Hijo (1 Jn 4,9-10) y es un amor que se nos entrega a nosotros en el don del Espíritu Santo (Rm 5,5).

Podemos llamar en nuestro lenguaje humano pasión a este amor porque no sólo le afecta a él sino que es un amor que ha pasado por todas las pruebas y por eso sabemos que nada podrá separarnos del amor que él nos tiene (Rm 8,31-39). Dios se ha ligado a la humanidad de un modo incondicional. Jesús resucitado es el sí de Dios (1 Cor 1,19-20). Cristiano es el que llega a compartir el amor que Dios tiene por la humanidad. Nosotros confiamos que en el siglo XXI habrá seres humanos que participen de esa pasión de Dios por el mundo y que su aporte será realmente decisivo para que el mundo sea vivible.

Pero si ese mundo, que ha crecido tanto que puede rediseñar al ser humano y a los demás seres vivos y humanizar la naturaleza o destruir la tierra, ha decidido caminar en una dirección insolidaria y ante la penuria espantosa de las tres cuartas partes de la humanidad exclama como Caín "¿acaso soy yo su guardián? Si ellos no crecieron tanto como yo, ese no es mi problema: allá se las arreglen", si ese mundo desarrollado sigue su carrera acaparando recursos, depredando, sometiendo y excluyendo y borrando de su corazón a los excluidos, sumido en la indiferencia ¿no se convertirá en pasión, en sufrimiento acervo, la pasión que Dios siente por los que no alcanzan a vivir y por los que no les importa esa situación? A Dios le duele inmensamente la deshumanización que delata tanta insensibilidad. Él padece no sólo porque esa insolidaridad es la negativa a recibir su amor sino porque esa negativa significa permanecer en la muerte y no querer aceptar dentro de sí esa vida que sólo puede brotar del amor.

Dios nos ha creado en el mundo para que en él vivamos sin Dios; pero su designio es que ese nuestro vivir sin él, atendidos a nuestras posibilidades, lo vivamos en su presencia, delante de él, es decir como una respuesta libre y gozosa a su propuesta creadora, en la que consistimos. Si estamos ante él es porque él está delante de nosotros. Ese estar delante es presencia, pero siempre trascendente. Nuestro horizonte (visual, científico y en general cultural) nos trasciende como tal horizonte, pero no materialmente. Es decir que podemos llegar adonde está hoy el horizonte, aunque cuando lleguemos allí, al horizonte se habrá desplazado más allá; un más allá, pues, relativo. Dios, en cambio, nos trasciende de modo absoluto; pero nos abarca. No nos abarca en el sentido de que él sea la totalidad de la que nosotros formamos parte. Nos abarca con su amor. Pero el amor de Dios, a diferencia de los mitos de amor del Occidente, no consiste en el cara a cara ensimismado que busca fundirse en una unidad sin

resquicio, un amor devorador, que acaba por eso en la muerte. El amor de Dios es creador: la relación libre y liberadora en que consiste es la que pone la diferencia y la mantiene como tal. Él, porque nos quiere divinamente, nos quiere como otros que él, autónomos; aunque también desea que asumamos nuestra autonomía como don suyo y que la ejerzamos ante él, es decir como respuesta a su amor.

Sin embargo la corriente dominante en esta figura histórica concibe y vive la autonomía de un modo pretendidamente autárquico: el individuo no se sitúa ante Dios ni ante los otros seres humanos. Él se pretende creador de sus paradigmas y de sí mismo y acaba endiosando las obras de sus manos. Esta autocomplacencia narcisista, que rehusa mantener a Dios delante, insensibiliza, causa la indiferencia respecto de todo lo que está más allá del mundo que uno se construye como su mundo de vida; incapacita para amar. Como Dios sí sigue amando a quien prescinde de él, esa impiedad que deshumaniza tan radicalmente le causa un inmenso dolor porque él quiere el bien de aquéllos a quienes ama y ellos sin embargo están eligiendo su propio vaciamiento y fracaso.

Insisto en que a Dios le alegra el crecimiento de la humanidad hasta el punto de que ya tenga capacidad para tomar en sus manos la vida del planeta y su propia vida y pueda subsanar sus averías e incluso preverlas y evitarlas y hasta perfeccionar esa vida de manera que la evolución esté ya en cierto modo en sus manos. Dios no tiene envidia ni recelo de este desarrollo humano. Mas aún, en los científicos y técnicos es su Espíritu creador quien lo viene estimulando e impulsando. Dios se alegra de este progreso. Lo que le duele es que el ser humano no se conserve por encima de las obras de sus manos y que así las utilice como un botín de guerra para vivir de él, para dominar a otros, para conseguir otras cosas que lo ponen a valer... Le duele que lo que es para la vida, para la vida de todos y así para crecer en humanidad, se convierta en causa de alienación propia, dominio sobre otros y exclusión de los demás. Es así como el amor apasionado de Dios se convierte en pasión muy dolorosa. Dios quiere a quienes sustraen a los demás las posibilidades de vida y se deshumanizan a sí mismos. Ese amor lo hace vulnerable. Y así este mundo adulto que eligió una dirección insolidaria es causa de la pasión de Dios.

Pero Dios sufre también una pasión mucho mas dolorosa y la sufre de modo más íntimo aún, si nos es permitido decirlo en estos términos. Dios sufre por el dolor de los excluidos que tienen que luchar por vivir en condiciones tan desfavorables. Dios sufre porque él no quiere que la vida sea una lucha tan

desigual y sin tregua. Él se duele de esa penuria insuperable, de la estrechez de horizontes, de la desnutrición, de la falta de capacitación, de las enfermedades de pobres, de la deshumanización inducida por tanto desgaste y tanta tensión sin esperanza de mejora, de la violencia horizontal, de tantas muertes antes de tiempo, de tantos que mueren sin haber podido casi gozar de la vida. A él le duele íntimamente que la vida que él creó como bendición sea experimentada por tantos como una maldición. Él padece por lo que amenaza con convertirse en vaciamiento de la creación, en un fracaso.

Lo que venimos diciendo es un misterio. Al decirlo, es seguro que lo deformamos tanto como lo expresamos. Porque, si decir que Dios tiene pasión por nosotros ronda la presunción, la necedad y el paralogismo, afirmar que padece por causa de nosotros parece contradecir cualquier noción de Dios que aspire a la razonabilidad y al respeto que merece su santidad. ¿Cómo va a estar Dios a merced de nuestras acciones? Un Dios semejante ¿sería ya Dios, es decir absoluto y trascendente? Nosotros respondemos que Dios no padece a causa de alguna insuficiencia en su ser sino a causa de su amor. Pero ¿es pensable y representable un amor así entre el Creador y sus creaturas? ¿Es posible establecer una relación tan íntima entre seres tan infinitamente desiguales? La filosofía llegó a representarse el amor de Dios a nosotros como los rayos del sol. Esta representación subraya el límite al que parece lícito llegar: Él, la Bondad, el enteramente Bueno, no es ensimismado (no es envidioso: Timeo) sino naturalmente transitivo: se difunde (Santo Tomás; ST I,q5,a4,ad2;q19,a2;I-IIq1,a4,ad1). Pero en esta imagen aparece bien claro que es su modo de ser el que llega a nosotros, poniéndonos en la existencia haciéndonos participar de sí. de su bondad. En la comparación queda excluido el que la luz y el calor que podamos llegar a producir nosotros puedan irradiar hasta él. El amor de Dios puede llegar a nosotros, pero nuestro amor no lo alcanza. Ni consiguientemente nuestro desamor. No hay posibilidad de verdadera correspondencia. No es amor mutuo. Queda excluida, pues, la pasión en el sentido de amor apasionado y más aún en el sentido de padecimiento por causa de la no correspondencia a ese amor y por el sufrimiento, la deshumanización y la muerte de los seres queridos. Y sin embargo eso, lo no pensable, más aún lo que parecería despreciable pensarlo de Dios, una blasfemia, eso precisamente es lo que se nos ha revelado y a lo que se nos llama a corresponder. A esta correspondencia llamamos vivir de fe.

Pues bien, este misterio del amor “loco” de Dios, de su pasión, llega su punto más denso en la revelación de que a Dios no sólo le duele la pasión de los excluidos sino de que él padece en ellos. Uno de la comunidad divina ha

padecido. Es, pues, Dios mismo el que padece el rechazo y la condena de otros seres humanos. Dios asume dentro de sí la pasión, no sólo la pasión genérica propia de la naturaleza humana sino la pasión específica que unos seres humanos causan a otros cuando los excluyen y condenan, cuando los torturan y matan. Dios no sólo padece por aquellos excluidos a los que ama, sino que es uno de ellos. Al pertenecerle a él la pasión, se abre también la puerta para comprender que en esa pasión él no asumió el papel de víctima, él no se asumió como al contraparte de los que lo condenaban, él no vivió su pasión como la reacción a la acción de quienes lo condenaron. La vivió desde sí mismo: en la pasión se consumó su amor. Por eso murió perdonando a sus asesinos y padeciendo con todos los excluidos y condenados de la historia. Su vivir para los demás se consumó como compasión. Esta es la identidad definitiva del Hijo de Dios. El resucitado por Dios es el crucificado: las llagas son sus señas de identidad, la prueba de la medida de su amor.

Si él es el Crucificado, en cada excluido y condenado está él. Dios no sólo compadece a los que sufren sino que padece con ellos. De este modo la pasión de Dios por el mundo se nos revela finalmente como compasión. Esto significa que, si Dios se nos revela escatológicamente en Jesús, quienes sufren son su primer sacramento. Todos los que sufren, ciertamente, pero de un modo especial los pobres que no tienen comida ni vestido ni alojamiento ni un lugar en la tierra que puedan llamar suyo (Mt 25,40).

Así pues en este siglo XXI que se abre con una revolución tecnológica en plena marcha, con un desarrollo de las fuerzas productivas insospechado para generaciones pasadas, con unas posibilidades inéditas de vida en el plantea y de que se reconstruya y perfeccione enormemente la vida de la especie humana; en este siglo que comienza con posibilidades mucho más palpables de hacer valer los derechos humanos e implantar mecanismos de justicia a escala mundial, cuando se vislumbran posibilidades técnicas y políticas de corregir las locuras del mercado y su tendencia a la cartelización, en este siglo XXI que comienza con el impulso del Espíritu que dirige a la plenificación de la creación, en este siglo cuyo problema más global es la creciente polarización de la humanidad con la consiguiente muerte de unos y alienación de otros, el encuentro con Dios pasa por participar de su pasión por el mundo en todos los sentidos indicados hasta llegar a encontrarlo en la compasión con los excluidos y condenados. ¿Será capaz la humanidad en esta coyuntura decisiva de reconocer a un Dios así y de encontrarse con él? ¿Será capaz de discernir lo que conduce a su paz? ¿O llorará nuevamente el Hijo de Dios, hijo también de

hombre, nacido de mujer, al constatar que no somos capaces de reconocerlo? (cf Lc 19,41-44).

Yo tengo cierta esperanza respecto a la posible constitución de una verdadera Internacional de la Vida con personas de toda clase, credo y cultura que al compadecerse de los excluidos sean capaces de liberarse de la esclavitud del consumismo y canalicen todas sus energías en imaginar un mundo más ecuménico y biófilo y en caminar hacia él. Ahí se jugará el encuentro con Dios, independientemente de cualquier tematización al respecto. Pero ciertamente que ayudará una tematización adecuada (hacia eso toscamente tienden estas líneas) y sobre todo la práctica real de lo profesado, es decir, la aceptación de este amor apasionado pagando el precio de la pasión, en la que se realiza la vida verdadera, la gloria de Dios en nosotros, nuestra plena humanidad.

Es cierto que hacia eso confluyen personas muy distintas y espero que unas y otras vayan encontrándose intersubjetivamente, así como coinciden objetivamente. Todas ellas serán sujetos y cada una aportará su don. Sin embargo sí me parece importante acotar que la Internacional de la Vida no podrá constituirse desde arriba, es decir resignándose a que los excluidos sean sólo destinatarios de su acción y que los sujetos se encuentren entre los que están adentro de esta figura histórica. Esa manera de dolerse de la situación de los excluidos los objetiviza, les niega la humanidad. Desde ahí sólo es posible mantener con ellos relaciones verticales y unidireccionales. Esas relaciones alienan a los bienhechores y promotores, y nunca podrán contribuir al desarrollo humano de los excluidos.

Si dijimos que quienes desde su terrible desventaja luchan para vivir y para hacerlo de la manera más humana posible coinciden con el Espíritu, es decir que hacen lo más que puede hacerse con Dios que es obedecer a su impulso, ser canal de sus energías creadoras, eso significa que en torno a ellos debe constituirse la Internacional de la Vida. Ellos, que padecen con el Hijo de Dios y desde su cruz se entregan a las energías recreadoras del Espíritu, ellos son el lugar del encuentro de la humanidad con Dios y de la humanidad entre sí. Ellos no son entonces meros destinatarios sino núcleo irradiador. La humanidad cumplirá sus posibilidades de desarrollo humano, no sólo si sufre su dolor y los ayuda sino si esto se lleva a cabo en relaciones horizontales y mutuas. Entonces estos pobres con Espíritu les estarán tan agradecidos que también tendrán compasión de ellos y contribuirán activamente en su humanización. Porque la misericordia sólo humaniza (y sólo es cristiana) cuando toma la forma de la reciprocidad.

Como estamos hablando de qué haremos con Dios en el siglo XXI, queremos concluir diciendo que, además de lo dicho y precisamente llevándolo a cabo con su Espíritu, llegaremos a comprender que somos llamados no sólo a compartir su amor apasionado y su dolor por la deshumanización de unos y la exclusión y la muerte de otros y no sólo a padecer con él que padece en las víctimas sino también a tener compasión de él. Hasta ahí debe llegar el carácter mutuo de nuestra relación. Él se compadece de nosotros, y nosotros, si recibimos su compasión, si ella se convierte en principio de nuestro obrar, no sólo se dirigirá a los hermanos ricos deshumanizados y a los pobres abandonados a su suerte que es su muerte, sino que también se dirigirá a la propia comunidad divina.

También en esto son maestros los pobres con Espíritu. ¡Cuántas veces hemos oído de sus labios expresiones llenas de ternura de compasión por el dolor de Dios por sus hijos! Ellos, que saben a fondo lo que es el dolor y que han aprendido a vivirlo sin encerrarse en él, humanizadamente, son los que están más capacitados para conocer algo de ese abismo infinito del dolor redentor y recreador que brota del amor de Dios. Esperamos que en el siglo XXI podamos llevar hasta ese punto nuestra reciprocidad con él. Y esperamos que para eso podamos entablar esa reciprocidad con los pobres con Espíritu. Esperamos de un modo particular que ella recristalice a nuestras Iglesias. Y de paso que revitalice nuestro hablar sobre él.

NOTAS

1. RAHNER, *Oyente de la Palabra*, Herder, Barcelona 1967, 141, 213
2. BONHOEFFER, "Carta del 16 de julio de 1944", en *Resistencia y sumisión*, Libros del Nopal, Barcelona 1969, 206-210
3. MOLTSMANN, *Dios en la creación*, Sígueme, Salamanca 1987, 100-107
4. ELLACURIA, *Filosofía de la realidad histórica*, Ed. Trotta, Madrid 1991
5. LEVINAS, *Totalidad e infinito*, Sígueme, Salamanca 1977, 298
6. RICOEUR, *Finitud y culpabilidad*, Taurus, Madrid 1969, 389-418
7. COX, *La ciudad secular*, Península, Barcelona 1968
8. COX, *La religión en la ciudad secular*, Sal Terrae, Santander 1984

9. RICOEUR, *o.c.*, 410-412

10. ARGUEDAS, *Todas las sangres*, Losada, Buenos Aires 1970, v. II
217. TRIGO, *Arguedas: mito, historia y religión*, CEP, Lima 1982, 171-189

11. Ver las palabras "Tiniebla", "Mundo" y "Enemigo" en el vocabulario de MATEOS - BARRETO, *El evangelio de Juan*, Cristiandad, Madrid 1979, 1079-1081; 1041-1042; 983-986.

12. GONZALEZ FAUS - VIVES, *Creer, sólo se puede en Dios. En Dios sólo se puede creer*, Sal Terrae, Santander 1985

13. ZUBIRI, *El hombre y Dios*, Alianza Editorial - Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid 1988, 134-164

14. TRIGO, "Creación y mundo material", en *Mysterium Liberationis*, Trotta, Madrid 1990, v. II, 21-25

15. RAHNER, *Escritos de teología*, VII, Taurus, Madrid 1967, 25

16. Pablo VI, *El valor religioso del Concilio*, Concilio Vaticano II, BAC, Madrid 1966, 827

17. SEPULVEDA, *Apología*, Ed. Nacional, Madrid 1975, 68-70

18. DOSTOIEVSKI, "El Gran Inquisidor" en *Los hermanos Karamazov*, Cátedra, Madrid 1987, 399-424

19. Inscripción en los billetes de dólares

20. BOLIVAR, "Mensaje al Congreso de Bolivia sobre la Constitución boliviana", en *Doctrina del Libertador*, Biblioteca Ayacucho, Caracas 1985, 239-240

ALGUNOS LIBROS PANORAMICOS, ANALITICOS O SINTOMATICOS

MARTIN VELASCO, *La religión en nuestro tiempo*, Sígueme, Salamanca 1978

MARTIN VELASCO, *El malestar religioso de nuestra cultura*, Paulinas, Madrid 1993

SAMUEL, *Para comprender las religiones en nuestro tiempo*, EVD, Estella 1993

MARDONES, *Para comprender las nuevas formas de religión*, EVD, Estella 1994

MARDONES, *Postmodernidad y cristianismo*, Sal Terrae, Santander 1988

CULTRERA, *Hacia una religiosidad de la experiencia*, Atenas, Madrid 1994

CORBI, *Proyectar la sociedad/ Reconvertir la religión*, Herder, Barcelona 1992

BERGER, *Una gloria lejana*, Herder, Barcelona 1994

KEPEL, *La revancha de Dios*, Anaya, Salamanca 1991

BOSCH, *Para conocer las sectas*, EVD, Estella 1993

GIL Y NISTAL, *"New Age"/ Una religiosidad desconcertante*, Herder, Barcelona 1994

BISER, *Pronóstico de la fe*, Herder, Barcelona 1994

GIUSSANI, *La conciencia religiosa en el hombre moderno*, Encuentro, Madrid 1990

LIBANIO, *Dios y los hombres: sus caminos*, EVD, Estella 1992.

BALTHASAR, *El problema de Dios en el hombre actual*, Guadarrama, Madrid 1966

KÜNG, *¿Existe Dios?* Herder, Barcelona 1979

KÜNG, *Teología para la postmodernidad*, Alianza, Madrid 1989

SCHILLEBEECKX, *Los hombres, relato de Dios*, Sígueme, Salamanca 1994

BONHOEFFER, *Resistencia y sumisión*.

GONZALEZ FAUS y VIVES, *Creer, sólo se puede en Dios. En Dios sólo se puede creer*, Sal Terrae, Santander 1985

RAHNER, *¿Crees en Dios?* Taurus, Madrid 1971

LAMET, *La seducción de Dios*, Ediciones Temas de hoy, Madrid 1992

ZUBIRI, *El hombre y Dios*, Alianza Editorial - Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid 1988

PANNIKAR, *La experiencia de Dios*, PPC, Madrid 1994

LE SAUX, *Despertar a sí mismo... Despertar a Dios*, Mensajero, Bilbao 1989

GONZALEZ BUELTA, *Bajar al encuentro de Dios*, Sal Terrae, Santander 1988

GONZALEZ BUELTA, *El Dios oprimido*, Sal Terrae, Santander 1990

GUTIERREZ, *Beber en su propio pozo*, CEP, Lima 1983

GUTIERREZ, *Hablar de Dios*, Sígueme, Salamanca 1986

RUIZ DE LA PEÑA, *Crisis y apología de la fe/ Evangelio y nuevo milenio*, Sal Terrae, Santander 1995

TORRES QUEIRUGA, *Un Dios para hoy*, Sal Terrae, Santander 1997

MÜLLER-FAHRENHOLZ, *El Espíritu de Dios/ Transformar un mundo en crisis*, Sal Terrae, Santander 1996

MCFAGUE, *Modelos de Dios/ Teología para una era ecológica y nuclear*, Sal Terrae, Santander

BRUEGGEMANN, *La imaginación profética*, Sal Terrae, Santander